

La inquilina perfecta - Marta García

Marta García



# Capítulo 1

La inquilina perfecta.

Marta García

“Cuida de ti, nadie más lo hará”

A ti, David, que creíste en mí.

Carolina era nueva en aquel pueblo costero del sur. Hacía justo una semana de aquella llamada inesperada que cambió su vida; Era el día del padre y estaba comiendo con el suyo cuando el móvil sonó, no sabiendo

que esa llamada pondría su tranquila vida patas arriba. Fue un "sí" de una oferta de trabajo muy jugosa, que tras haber hecho una entrevista, a la que no dio ninguna importancia, le ofrecían el puesto, tras pasar otro proceso selectivo.

La vida de Carolina estaba en stand by desde hacía dos años, que decidió opositar, tras ser despedida de su anterior puesto por no seguir el juego de un encargado y no responder a ciertos mensajes que recibía de madrugada, llenos de emoticonos y fotos. Que la despidiesen de aquel lugar fue lo mejor que le pudo pasar. Fue lo que la empujó a ponerse a estudiar, sabía que esa situación en lo público no le iba a pasar, o al menos no temería por su estabilidad económica y profesional.

Aceptó la oferta decididamente en aquella misma llamada y volvió a la mesa donde comía con su padre, en aquel restaurante que tanto le gustaba a él.

Carolina le dio la noticia y tuvieron otra cosa más que celebrar. Al terminar la comida, escribió entusiasmada y con algo de miedo a su novio, Hugo:

- ¡Cariño!, ¿qué tal? Estaba comiendo con mi padre, ¿Te acuerdas de la entrevista que hice la semana pasada? Pues me han seleccionado y lo he aceptado, me voy el fin de semana para allá. Tengo que hacer un examen tras pasar un concurso de méritos y me darían una interinidad de un año, estoy muy emocionada y me gustaría que me acompañases, ¿vienes?

Su respuesta fue escasa y dura para Carolina, pero no pasó indiferente,

- ¡Qué bien! Me alegro por ti, Carol, pero este fin de semana no podré, ya he hecho planes con mis amigos.

Carolina no le quiso dar más importancia, ella seguiría con su plan, aunque le doliese la actitud de Hugo. Aquel 2019 traía cosas que jamás olvidaría.

A las dos semanas de su nueva vida, ciudad, trabajo, gente y con lo que conlleva una búsqueda de piso, una mudanza y los últimos días antes de una oposición, tuvo su examen. Un auténtico caos en la vida de una casi treintañera, que mientras buscaba donde vivir, tuvo que hacerlo en casa de unos parientes lejanos de la familia en la cual se sentía extraña.

Después de mucho buscar, de patear la ciudad de punta a punta, de dar con mil inmobiliarias, con cientos de milimétricos pisos a precio de oro, de pisos destartados llenos de estudiantes y calzoncillos por los suelos, de aplicaciones para compartir piso en las que realmente buscaban compañeras sexuales, y propietarios que solo querían aprovecharse de una jovencita sin cargos, sin mascotas y sin pareja para decirle que "su

piso era el perfecto para ella, porque enfrente tendría de vecinos a unos chicos que estaban haciendo su primer año de residencia de medicina". Finalmente encontró un pequeño apartamento, enfrente de su trabajo y del mar, asequible, para ser la zona que era, y acogedor para ella sola. Nada más entrar por el portal supo que sería el suyo, su hogar durante al menos un año.

Aquel piso era muy luminoso, tenía una entrada pequeña, un baño justo al entrar a la derecha, en frente una habitación de matrimonio, con armario empotrado y a la derecha un salón-cocina-comedor con una pequeña terracita y un balcón. Era el espacio justo para ella, la inquilina perfecta, sin anillo aún, sin hijos ni mascotas y con un buen empleo en un despacho como codirectora.

Carolina estaba decidida a tener una nueva vida, pero sin olvidar la suya, ya que suspendió, pero su nuevo trabajo le permitiría seguir estudiando por las tardes y tenía muy claro que los fines de semana serían para ella, para pasear por el mar, hacer deporte y abrir su hogar a visitas de amigas y familia.

Las notas salieron por la mañana, pero ella no la miró hasta que llegó a casa, estando tranquila y se llevó la sorpresa, se quedó a muy poco de aprobar.

Descolgó el teléfono y llamó a Hugo, pero no obtuvo respuesta, está de festival, se decía a ella misma, ya me contestará cuando lo vea, se habrá quedado sin batería y así, excusa tras excusa.

Cinco días pasaron sin obtener respuesta de Hugo, no sabía nada de ella ni de su vida, bien poco le importaba, empezó a pensar. Hasta que un miércoles por noche vio una foto, ya no era fin de semana, él había subido un estado en whatsapp. Era una foto de dos cuerpos en sombra al atardecer en una playa.

Se podía ver la silueta de una chica junto a él.

Carolina no entendía nada y a la vez lo entendía todo, unas lágrimas recorrieron su cara, estando en la cama y supo que se había acabado, y sino ya lo iba a acabar ella.

- Espero que disfrutes mucho de tu nueva chica y que con ella seas más valiente de lo que has sido conmigo. Hasta nunca, cobarde.

En ese momento sintió alivio a la vez que dolor. Bloqueó el número y borró a Hugo de su agenda. Carolina empezaba su nueva vida en aquella ciudad, en su nuevo piso y nuevo trabajo y soltera. Quien se lo iba a decir tres semanas atrás Los primeros días empezaron a hacérsele un poco de bola. El adaptarse al nuevo trabajo hacía que llegase a casa rendida, pero

tener el mar enfrente la aliviaba. Entraba en casa, comía y descansaba un poco hasta la hora de ponerse a estudiar. Estudiaba toda la tarde y al acabar su segunda jornada se iba a correr por el paseo marítimo al atardecer. Así un día, otro, y otro, y aunque sanaba, los días pesaban; pocas visitas, cerraba la puerta de casa y hasta el día siguiente, que deseaba que llegase para poder entablar conversación con sus compañeros o con la gente que entraba al despacho.

Mucho distaba todo de lo que ella se imaginaba, sus amigas, con sus vidas en otras ciudades, poco iban a poderla visitar. Sus compañeros eran casi todos bastante más mayores que ella, con sus vidas muy asentadas, y muy lejos de hacer planes ociosos que no fuesen con niños.

Un día, corriendo al atardecer, Carolina vio a un grupo de gente joven haciendo kalistenia en la playa y se acercó a preguntarles. Fue entonces cuando decidió apuntarse con ellos y a un box de crossfit. Allí conoció a gente de su edad, pero igualmente tenían sus vidas y a penas hacían planes fuera del entreno de los lunes y miércoles por la tarde. Los fines de semana seguían siendo solitarios para Carolina, y no es que no tuviese cosas que hacer, por suerte sabía cómo entretenerse, era una chica muy creativa, pintaba lienzos, escribía, cocinaba o leía. Así pasaba sus fines de semana y para hacerlos un poco más especiales se compraba para cenar, fuera de lo normal y un buen vino, se entretenía durante horas en la cocina, cocinando para ella mientras escuchaba Coldplay de fondo y se ponía una buena película, cuando acababa leía uno de los libros que había comprado en la feria del libro de la ciudad y que llenaban su estantería. Seguía sola, era feliz, y aprendió a disfrutar de aquella soledad, pero necesitaba socializar, a fin y al cabo el ser humano está hecho para ello.

Durante las conversaciones que mantenía con sus amigas, siempre saltaba el mismo tema,

- Tía, es que estás muy sola, necesitas entretenimiento y algo de vida.

- ¿Por qué no te abres un perfil en alguna app para conocer gente? Tinder es genial, mucha gente la utiliza para ello en grandes ciudades.

- ¿Qué? Ni de broma, de ahí solo saldrán buitres carroñeros en busca de sexo fugaz. les decía Carolina.

- Tía pero que arcaica eres, ¿no habrás salido de una cueva y estás descubriendo el sol? ¡Vamos Carol!, desmelénate un poco, déjate llevar, deja de ser Doña perfecta por un tiempo, estás viviendo una experiencia única que quizás no vuelvas a vivir, estás en tus mejores años, mentales y profesionales, corporalmente ni hablamos de lo buenísima que estás, una chica independiente, con un pisito frente al mar, con un buen trabajo y sin cargos, ¡venga ya! Eres un puto caramelo en la puerta de un colegio

para cualquier tío, ábrete al mundo, baby.

- Está bien, lo haré, os lo prometo.

A los pocos días, una tarde que Carolina acaba de llegar de correr así fue, después de darse una ducha bien fría, descargó la app de Tinder y creo un perfil, puso cuatro fotos, una de ella de cara, otra de viaje por Italia en la que se le veía de cuerpo entero, otra de ruta de senderismo, con ropa deportiva y sin maquillaje y otra en un barco con un acantilado y el mar de fondo, en la que se le veía en bañador, pensaba que si ponía una en bikini solo atraería a babosos. A los pocos minutos de haber creado el perfil, haber bicheado el funcionamiento de la app, haber puesto los filtros necesarios para que le saliesen chicos de entre 30 y 35 años, a un radar de unos 20 km como máximo y haber dado unos cuantos likes, deslizando el dedo hacia la derecha, ya había hecho match (había sido emparejada online) con algunos chicos de la zona.

- ¡Qué fácil! pensó, mientras se le abría una ventanita con un chat con uno de los chicos con los que había hecho match. Tras unas cuantas conversaciones supo distinguir a babosos, salidos, frikis y a un par de "Don nadies" que creían que se comían el mundo por sus profesiones, pues si algo tenía muy claro es que la profesión no hacía a la buena persona.

Dentro de esos chats, hubo uno con el que tuvo especial esmero, Héctor. El perfil del chico le parecía atractivo, según las fotos le resultaba muy mono, alto, moreno, ojos verdes, treinta y tres años, deportista, y según la conversación, que fluía ágilmente, le pareció inteligente, culto, escribía bien y sin faltas de ortografía, familiar, tenía mascotas y se dedicaba al mundo de la informática.

Conforme los días pasaban, ambos seguían hablando, en ratos libres, a la salida del trabajo, se contaban como estaban y lo que hacían en su día, pero la app ponía límites en el chat y fue entonces cuando decidieron darse los números de teléfono móvil, para estar en contacto más a menudo.

Pasó una semana, era lunes, y chatear con varios chicos estaba bien, tenía entretenimiento y hablar con Héctor más aún. Mantenían conversaciones todos los días, se enviaban fotos de lo que hacían, videos y memes absurdos que a Carolina le encantaban, pero ella ya quería pasar al cara a cara, a sentir primeras impresiones, a ver si de verdad aquel chico le caía tan bien y le gustaba tanto como le estaba gustando tras la pantalla.

- ¿Qué tal si tomamos algo el jueves por la tarde en la playa? Yo estoy

libre desde las tres de la tarde que salgo del trabajo. Dijo Carolina.

- Genial, quedamos por tu zona que es más bonita y además yo tengo coche para desplazarme más fácilmente. ¿Qué tal a las seis?

- Estupendo, a las seis. ¿En el muelle del paseo?

- Perfecto. Ahí nos veremos el jueves, espero reconocerte, rubia.

- Me reconocerás fácil, llevaré un vestido azul.

Y la semana siguió pasando, aunque hablando con más asiduidad de lo normal, se notaba que ambos tenían ganas de verse, de hecho Carolina, dejó muy de lado el resto de chats con otros chicos que tenía pendientes en la app.

Héctor era su objetivo ahora.

- Rubia, estoy ya por aquí.

- Dame un segundo, estoy llegando.

Había llegado el ansiado jueves, Carolina se había preparado a conciencia para aquel día y no había contado nada de su cita a ninguna de sus amigas, pues pensaba que si contaba algo podría gafarse todo lo que hasta ahora había salido bien. Eran las seis en punto de la tarde cuando se daban el encuentro en el muelle, Carolina era muy puntual.

- ¡Qué chico más mono!, pensó, ¡y qué alto!, más de lo que parecía en las fotos, dijo para sí misma. Era una tarde bastante calurosa del mes de julio. Pasearon y fueron a tomar un helado a una heladería del paseo, eran las ocho de la tarde cuando paseaban por una avenida principal y fue entonces cuando Héctor dijo:

- Carolina, ¿tienes aire acondicionado en tu casa? Dijo Héctor.

- Ay, pero qué chico más tímido, pensó ella, que no sabe cómo decirme de subir a casa sin parecer muy desesperado por tener sexo. Es verdad que es pleno mes de julio y que en la calle hace bastante calor, pero, menuda excusa, pensó Carolina.

- Sí, tengo aire en casa. Dijo Carolina, esperando la respuesta que quería.

- ¿Sí? ¿Y cómo es? Es que quiero montar uno en casa, pero quiero hacerlo yo porque cobran una pasta por instalarlo y yo siendo informático seguro que puedo hacerlo.

- Vaya, pues sí que era tímido el chico. Pensó nuevamente.
- Pues es que mi aire no lo podrías montar tú, porque es de previa instalación, es decir, está hecho con la obra del edificio.
- Es que justamente quiero poner uno de esos, son más prácticos.
- Mmmmmm, Héctor, pero que tendrás que hacer obra, no sé yo...
- Sí, sí, lo sé, ¿podemos subir a tu piso y me lo enseñas? ¡Bien!, pensó Carolina, por fin en casa, estando tranquilos y sin gente cerca que luego la pudiese reconocer en el trabajo, Héctor la besaría y todo lo que ello conllevarse.
- Claro, subimos.

Mientras subían por el ascensor hasta el tercero, Héctor no dio ni un ápice de beso o intento de ello. Llegaron a la planta, fueron hasta la puerta y Carolina la abrió. Fue entonces cuando Héctor, cogiéndole la cara y mirándola le dijo:

- Eres preciosa.

Entraron en el piso y se lo enseñó un poco, mostrándole dónde estaba el baño por si quería entrar, pero fue directamente al salón, a mirar por el ventanal que daba a la calle, tenía su coche justo debajo, Una vez allí le dijo:

- Bueno, ¿dónde tienes el aire? Este chico se había tomado en serio lo de la broma de ser técnico como método ante la timidez.
- Pues ahí, justo arriba, en el hueco del salón, esos dos conductos.
- ¿Puedo acercarme para verlos?
- Sí claro, dijo Carolina algo más extrañada.

Héctor cogió una de las sillas del comedor y se subió, encendió la linterna de su móvil y miró ambos conductos sin decir nada. Bajó de la silla y le preguntó si había más conductos en el piso.

- Sí, hay otro igual en la habitación principal, justo encima de la puerta. Esta vez sin preguntar, Héctor cogió la silla y la llevó a la habitación, y como el conducto estaba encima de la puerta, la cerró, impidiendo ver a Carolina qué hacía.
- Vamos, Héctor, déjalo ya, es algo que no podrás hacer, dijo Carolina

algo exaltada por la situación.

- Ya voy, espera. Carolina fue al salón y al ver que él no venía, volvió a ir y a insistirle, esta vez tocando la puerta que estaba inmóvil por la silla.

- Vamos Héctor, baja ya, dijo Carolina con tono más alto.

Y al momento abrió la puerta Héctor, cogió la silla, y fue al salón dejándola en su sitio. Ella se sentó en el sofá Héctor se volvió a acercarse al ventanal, retiró la cortina hacia un lado y volvió a mirar su coche, y acto seguido se dio la vuelta y le dijo a Carolina:

- Lo siento, Carolina, pero tú y yo no nos podemos ver más.

- ¿Cómo? Preguntó Carolina levantándose rápidamente del sofá yendo hacia la puerta.

Con las mismas, Héctor abrió la puerta del piso y se fue. Carolina se quedó pálida tras la puerta, en shock, pero todo tipo de pensamientos empezaron a pasar rápidamente por su cabeza, ¿qué había hecho Héctor allí? ¿Para qué quería ver los conductos de los aires con tanta insistencia? ¿Por qué había estado tanto rato viendo el de la habitación principal y con la puerta cerrada? Quizás había puesto una cámara allí, quizás había dejado algo, ¿Por qué miraba tanto su coche? Entró en pánico.

No sabía qué hacer, se volvió loca intentado llegar a ver los conductos del aire, pero por mucha silla que pusiese no llegaba, no tenía escalera, movió la mesa del comedor, pero al ser de cristal temía que no aguantase su peso. Cogió la cómoda del dormitorio, apartó todo lo que había sobre ella y se subió encima, pero los conductos tenían una rejilla sellada, era imposible ver nada, y mucho menos meter una mano, y eso que la suya era muy pequeña; Si Héctor había metido algo, lo había hecho con pinzas y por tanto era algo muy pequeño.

Esa noche no durmió en la cama, prefirió quedarse en el sofá del salón. Tenía miedo, aún tenía el contacto de Héctor en su móvil pero después de lo que había pasado lo último que quería era hablar con él a menos que él le escribiese para explicarle algo de lo sucedido. Eran las dos de la madrugada y no podía pegar ojo, le asaltaban mil dudas, no sabía qué hacer, no podía avisar a sus padres estando lejos de ellos para preocuparlos por algo así, y tenía que descansar algo ya que a la mañana siguiente trabajaba. Vio que una de sus amigas estaba en línea en Whatsapp y no dudó en escribirle.

- Tía, necesito tu ayuda, mira lo que me ha pasado hoy.

Y Carolina le contó con pelos y señales a su amiga lo que había sucedido aquella tarde con aquel chico. A lo cual su amiga quedó anonadada y al

darse cuenta de lo que había vivido y sentir como suyo por lo que estaba pasando, se quedó tras el teléfono toda la noche, intentando tranquilizarla. Pasadas las cinco de la madrugada, Carolina se quedó dormida en el sofá por agotamiento y la alarma sonó una hora después. Despertó de inmediato, cogió algo de ropa casi sin mirar, pues no quería ni pisar la habitación y mucho menos cambiarse en aquel lugar, por si realmente había una cámara, se vistió corriendo de mala manera en la entrada, no se maquilló si quiera, cogió el bolso que tenía del día anterior y salió del piso sin pensarlo, con unos zapatos que había cogido al azar, en la mano, no quería estar allí ni un minuto más. Se apresuró cerrando la puerta del inmueble con llave, se puso los zapatos en el descansillo, bajó las escaleras rápidamente hasta llegar a la entrada del portal, recorrido que se le hizo eterno, y salió a la calle a trompicones, con la respiración cortada, como si le faltase el aire, pudiendo respirar al fin, notaba como si algo la estuviese ahogando y vigilando a cada paso que daba.

Eran las seis y diez de la mañana del viernes y ya estaba en la calle, estaba amaneciendo de una forma preciosa, con el cielo en tonos anaranjados y rosas; ella no entraba a su puesto de trabajo hasta las siete, a las menos cinco abrían las puertas de fichaje, así que decidió caminar por el paseo marítimo, quitarse los zapatos y sentarse frente al mar, viendo el amanecer, mientras se recogía su melena, algo despeinada en una coleta, cerrando los ojos, sintiendo la brisa en la cara, respirando aire puro e hilando todo lo ocurrido la tarde anterior. Y una cosa tenía muy clara, a ese piso no volvía sola. ¿Qué había de raro en aquel chico de lo que ella no se percató? Ahora todo movimiento que llevó a cabo le parecía extraño.

Eran las siete menos dos minutos de la mañana cuando Carolina estaba subiendo las escaleras hacia su despacho, no había llegado ninguno de sus compañeros del área, ni si quiera los de recursos humanos, tenían de margen hasta las ocho y media para entrar en sus puestos, y al igual a la hora de salir, desde las dos hasta las tres y media, y ella solo pensaba en salir lo más tarde posible, gracias a que ese día lo tenía repleto de tareas. Entró en el despacho, cerró la puerta, encendió todas las luces y se sentó en su mesa, encendió el ordenador y se quedó en blanco, mirando a la pantalla. ¿Quién narices era ese chico y en qué momento lo metió en su casa? Se sentía idiota.

Abrió su correo y empezó a trabajar automáticamente, ida mentalmente centrada en lo sucedido. Su mesa estaba frente a la puerta del despacho y a su lado estaba la mesa de su jefa, que entraba a las siete y media por el mismo.

- Buenos días, Carolina, qué madrugadora has sido hoy.

Dijo casi sin mirarla, colocando su bolso en el perchero. Al momento alzó

la vista, y la vio.

- Pero, chiquilla, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien? ¡Vaya ojeras tienes!

- No, Sara, no sé si me encuentro bien, no he dormido nada.

Carolina tenía buena relación con su jefa desde que entró al despacho, se llevaban unos diez años de diferencia pero tenían muchas cosas en común que compartían en algunos huecos de descanso. Se conocían bien ambas vidas.

- Sara, ¿puedo contarte algo?

- Claro, cierra la puerta y cuéntame, me preocupas.

Carolina cerró la puerta, respiró y comenzó a contarle a Sara lo sucedido.

- Pero, ¿cómo es posible? A ver, está bien, no seré tu madre, pero si tu hermana mayor, y te aconsejo que en el descanso del desayuno acudas a la policía, por tu tranquilidad, que les cuentes lo sucedido, te darán una solución. Y ahora, por favor, quédate tranquila y si es necesario, cancela tus citas de hoy, no estás para escuchar problemas de nadie.

- No, es mi trabajo y mi vida personal no debe afectar al mismo, es más, me ayudara a evadirme de todo lo ocurrido. En el descanso iré a avisar a la policía. Muchas gracias por escucharme y tranquilizarme.

A las once, Carolina salió a su descanso y fue directa a la comisaria.

- Deje sus pertenencias en la cinta, por favor.

Le dijo el policía que estaba de servicio en la entrada, que al levantar la vista y mirarla, se percató de que la conocía.

- ¿Carolina?

- ¡Hola Javier! Qué alegría verte aquí, no sabía que eras policía. Javier había sido uno de los chicos con los que Carolina contactó a la hora de buscar piso y que la ayudó en la búsqueda por ser conocido de un compañero de su trabajo.

- Sí, claro, pensé que en algún momento te lo había dicho, aunque no lo suelo decir por protección. ¿Qué haces por aquí? ¿Renovación del DNI?

- Ay, no, ojalá fuese algo así... Carolina comenzó a contarle, mientras Javier le iba haciendo más preguntas y la llevó directamente con un compañero para que contase lo sucedido y poner a más agentes sobre

aviso.

- Déjalo en nuestras manos de momento, Carolina, no habrá denuncia aún porque tenemos que valorar e investigar ciertas cosas, mañana te diré algo. No tengas ningún tipo de contacto con él, ni hagas ningún movimiento en redes. Confía en nosotros, y quédate tranquila, cuando vayas a casa a medio día, te acompañaremos.

- Muchas gracias, Javier, de verdad.

La tranquilidad la invadió, sabía que había hecho bien y que al menos ahora, más gente y la autoridad, conocían el caso.

A las tres Carolina terminó su jornada, y como le habían dicho, se fue para la comisaría, para ir acompañada a casa. Javier y dos agentes más la llevaron al domicilio. Subieron con ella y una vez dentro le preguntaron donde había hecho movimientos Héctor, desde donde se veía su coche y las estancias en las que había estado.

- Carolina, con tu permiso, vamos a registrar el domicilio. Dijo Javier. En ese momento se le paró el corazón y quedó pálida durante unos segundos.

Tragó saliva y asimiló, ella no tenía nada que esconder, así que podían registrar todo lo que quisiesen, pero, ¿y si Héctor había metido en su casa algo que la implicase en un delito grave?

- Está bien, Javier, comenzad. ¿Hace falta que me vaya de aquí?

- No, debes estar presente y tranquila, no pasará nada, te lo aseguro, confía en mí, Carolina, estás en buenas manos.

Los agentes comenzaron a registrar el domicilio, por estancias, primero por donde estuvo trajinando Héctor, los conductos del aire de salón y la habitación, levantaron las rejillas, buscaron con lupa y tomaron huellas. Acto seguido fueron a la habitación, donde había pasado más tiempo, registraron el armario, la cómoda y el zapatero, dejando ropa y zapatos esparcidos por toda la habitación, después el espejo y por último el colchón de la cama.

Cuando acabaron fueron al salón y preguntaron a Carolina desde donde había mirado Héctor su coche y donde estaba aparcado exactamente.

Ellos estaban seguros, era él, pero debían contrastar todo y asegurarse bien antes de actuar.

- Carolina, nosotros hemos terminado, disculpa por haber dejado todo así, pero es nuestro deber, ahora puedes estar tranquila, en las estancias no

hay nada, pero no tengas nada de contacto con él, sigue como hasta ahora, no hagas ningún movimiento, en caso de que se ponga en contacto contigo, avísanos, y eso sí, tendrás una tarde entretenida. Dijo Javier entre risas, para quitarle un poco de hierro al asunto.

- Muchas gracias, de verdad, aunque tengo tarea, ahora sé que puedo dormir tranquila en mi casa. Si ocurre algo, os avisaré. Pasó el fin de semana y Carolina se fue olvidando un poco de lo ocurrido.

Habló con algunas de sus amigas, las cuales alucinaron, aunque a sus padres se lo siguió ocultando. Su vida siguió con total normalidad a lo largo de la semana, iba al trabajo, estudiaba, aunque seguía teniendo en la cabeza todo lo sucedido de vez en cuando, salía a hacer deporte a la playa, y desinstaló la aplicación de Tinder de su teléfono, pues había pensado en pasar una temporada sola reflexionando sobre todo y aprendiendo la lección de no meter a desconocidos en casa. Aquel verano iba a ser muy diferente tras lo sucedido.

Ese jueves por la tarde, una semana después de lo sucedido, Carolina estaba preparándose por el paseo para empezar a correr cuando recibió una llamada, era Javier, tenía su teléfono guardado aún desde sus meses de búsqueda de piso.

- Hola Carolina, ¿te pilló en mal momento?

- Hola Javier, no, dime, ¿Qué ocurre?

- Es para decirte que mañana te pases por la comisaria por la mañana, a la hora que te venga bien, tenemos que hablar contigo, pero puedes estar tranquila, que no es grave.

- Está bien, Javier, pediré las horas necesarias y saldré en un momento por la mañana para allá

- Si es necesario, me avisas y te dejo un justificante para ello.

- Estupendo, Javier, mañana nos vemos, ¿no debo preocuparme?

- No, de verdad, está todo bien, ya verás, confía como hasta ahora, lo estás haciendo muy bien, Carolina. Colgó el teléfono y se quedó pensativa un momento, puso la música todo lo alta que pudo, lo guardó en la funda impermeable del brazo y se puso a correr, con la brisa del mar dándole en la cara.

Llegó a casa agotada, se dio una ducha, cenó y durmió hasta el día siguiente que tuvo que ir a trabajar. Nada más llegar a la entrada, solicitó la media mañana para poder ir a la comisaria. Las horas transcurrían lentas, mucho más de lo normal, y se fue poniendo un poco nerviosa.

Habló con su jefa, que le hizo un par de bromas para que se relajase y cuando el reloj marcó las 12:30 am salió para la comisaría. Las piernas le temblaban al caminar por el paseo hasta la comisaría, por un lado estaba muy tranquila pues ella no había hecho nada, era la víctima y no sabía aun de qué, pero por otro lado tenía miedo a no saber que estaba pasando y quien era ese chico.

- Carolina, ¿verdad? Pase por allí, la tercera puerta a la izquierda, siéntese y espere un momento.

- Sí, muchas gracias.

Carolina se sentó en el lado de una mesa, no era la oficina de denuncias, era un despacho. Escucho la puerta cerrarse a sus espaldas. Tres hombres entraron y entre ellos, Javier, eso la tranquilizó.

- Buenas tardes, señorita, soy el comisario Montalbán, este es mi compañero el intendente Gascón y creo que a este otro compañero ya lo conoce, el inspector Javier Láñez.

- Buenas tardes, un placer, sí, efectivamente, lo conozco.

- Tranquilícese, no tiene que temer nada. Primeramente debemos agradecerle lo que ha hecho, pues nos ha ayudado a capturar a uno de los miembros más buscados del "Clan Turing".

Carolina se entumeció, tragó saliva y continuó escuchando.

- Una familia que huyó hace años de este pueblo, por ser de las más buscadas por tráfico de drogas, blanqueo de dinero con grandes sistemas informáticos, más de cincuenta cuentas bancarias, venta de ordenadores y móviles robados de grandes marcas.

- Carolina, el chico te dijo que se llamaba Héctor, ¿correcto?

- Sí, así es.

- Pues bien, no es así, en realidad se llama Leister, es el primero de la familia, y en algo no te mintió, es muy buen informático, uno de los mejores de España, de hecho, un cabecita, pero la utilizó para meterse en un mundo turbio en el que ya estaba embaucado su familia, pero él además traficaba con pornografía.

Carolina hiperventilaba. Ella en ningún momento le había enviado imágenes subidas de tono, ni si quiera habían intimado, pero volvió a pensar que quizás sí quiso meter una cámara en el conducto.

- Fue a dar con usted porque la vio como medio seguro en el cual esconder parte de su mercancía, como hacía en otros sitios, pues ¿Quién iba a sospechar de una chica joven, nueva en el pueblo, sencilla, que no conoce a nadie, que vive sola en un pequeño piso y que trabaja para una entidad pública? Es la inquilina perfecta. A la misma vez, no iba mal encaminada, intentó instalar una micro cámara en el conducto a inquilina perfecta 21 del aire de su habitación, para obtener imágenes y poder seguir nutriendo una de las páginas web de pornografía que tiene, pero le faltó alguna pieza y no pudo hacerlo.

- Disculpe, ¿puede abrir un poco la ventana? Dijo Carolina Estaba entrando en shock y notaba como el calor le subía por el cuerpo.

- ¿Estás bien, Carolina? Le preguntó Javier, viéndola pálida.

- Sí, Sí, solo algo aturdida por todo esto, pero esto bien.

- Te traeré agua, volvió a decir Javier Carolina bebió y el comisario continuó:

- No se preocupe, señorita, está en buenas manos y él, fuera de juego.

Usted fue el escondite perfecto, por eso le preguntó por los conductos del aire, pero cuando los vio, algo no le cuadró a Leister, eso y que sabía que alguien lo estaba vigilando. Ahora debe estar, gracias a usted, lo tenemos y sepa que en ningún momento ha sido grabada.

Carolina por fin respiraba.

- Ya puede borrar su contacto de cualquier medio y red social, y en caso de que tuviese alguna noticia de él, cosa que dudo, nos lo hará saber cuanto antes. Ahora sí, señorita, tenga cuidado con quien conoce y a quién mete en su casa estando sola, el pueblo no es peligroso, pero cualquier lugar lo puede ser sino se tiene precaución con los desconocidos. Ahora estará protegida.

- Entendido, señor, desde luego he sido muy descuidada y confiada en ese aspecto, pero me alegra que haya servido para poder atrapar a tal persona que puede ser un peligro para cualquier otra. a inquilina perfecta 22 Las semanas pasaron y con ellas fue llegando el olvido, la sensación de alivio y tranquilidad, la vida de Carolina volvía a la normalidad.

Durante este tiempo reflexionó sobre todo lo ocurrido, y acudió a terapia, ya que durante unos días tuvo pesadillas, apenas podía dormir bien y desconfiaba de toda persona que pasaba por su lado, no podía tener miedo al salir a la calle y vivir con esa desconfianza, así que acudió a un profesional para que la ayudase a superarlo y en cuestión de semanas había perdido el miedo y había recuperado la confianza, aunque ahora iba

a tomarse un tiempo sin conocer a ningún chico forzosamente, por mucho que le dijese amigas o quien fuese, necesitaba tiempo para ella, seguir con su vida y dejar todo lo sucedido atrás.

Decidió dar clases de defensa personal, entrenar en un gimnasio cercano, seguir corriendo y disfrutar de lo que quedaba de verano. Sus amigas fueron a visitarla muy a menudo, cada fin de semana tenía una visita y cuando no la tenía, Carolina inventaba un plan para ella misma. Pronto empezó a hacer planes con su jefa, y con algún compañero o compañera de su edad que llegaba nuevo al trabajo y que conocía poco el pueblo. Pocas veces hablaba de lo sucedido, prefería pasar página para poder avanzar, pero si en alguna conversación se hacía mención a algo ella respondía y lo contaba muy por encima. Carolina había aprendido una lección de por vida.